

«Ve y haz tú lo mismo»

Cómo la iglesia puede servir a la comunidad



Luis Trundle

Contenido

Prólogo	4
1. El corazón de la vida religiosa	6
2. El hombre invisible	14
3. Una misión incompleta	22
4. Caín sigue vivo en nosotros	32
5. ¡Pescando con el método incorrecto!	42
6. ¿Por qué se nos hace difícil entenderlo?	52
7. Continuar el legado que recibimos	64
8. El peligro de institucionalizar la compasión	76
9. ¡Vale la pena intentarlo! Oportunidades y desafíos para la iglesia hoy	86
10. «Ve y haz tú lo mismo»: Un llamado a la acción	98
Apéndice I	110
Apéndice II	130

Prólogo

Hay libros que enseñan, y hay libros que despiertan. Este libro pertenece a la segunda categoría. No se conforma con transmitir ideas sobre la compasión o el servicio, sino que nos invita a transformar esas ideas en acción. Cada página es un recordatorio de que la fe no se expresa únicamente con palabras, sino con manos dispuestas, corazones sensibles y pies que caminan hacia donde la necesidad llama.

La historia cristiana está marcada por hombres y mujeres que, movidos por el amor de Cristo, entendieron que el evangelio no es un concepto abstracto, sino una forma de vivir. Este libro recoge ese mismo espíritu y lo traduce en pasos concretos, accesibles para todos. Desde un joven que comparte su cena con quienes no tienen pan, hasta una iglesia que se organiza para llevar consuelo a su comunidad, cada testimonio y cada enseñanza aquí compartidos revelan un mensaje profundo: *servir es el lenguaje más universal del amor*.

El punto de partida es sencillo pero poderoso: mirar alrededor. Como Moisés frente a la zarza ardiente, Dios sigue preguntando a cada uno de nosotros: «¿Qué tienes en tu mano?» (Éxodo 4: 2, TLA). No nos pide lo que no tenemos, sino que multipliquemos, con su ayuda, aquello que ya poseemos. Tal vez sean nuestras habilidades profesionales, nuestro tiempo libre, una palabra de aliento o simplemente el deseo de ayudar. En las manos de Dios, lo ordinario se convierte en instrumento de milagros.

Este libro nos recuerda también que la generosidad no se mide por la cantidad, sino por la disposición del corazón. Pedro y Juan no tenían plata ni oro, pero ofrecieron lo que tenían: la presencia de Cristo y la esperanza del evangelio (Hechos 3: 6). Esa es la esencia de la verdadera compasión: dar desde lo que somos, no desde lo que sobra. A lo largo de sus capítulos, el lector encontrará múltiples ejemplos y estrategias prácticas para servir, desde voluntariados y proyectos comunitarios hasta gestos cotidianos de bondad que pueden cambiar realidades.



Pero esta obra no se detiene en la acción inmediata. A través de secciones cuidadosamente estructuradas, nos guía en el arte de planificar con propósito, de diseñar proyectos sostenibles y significativos. La «mano que diseña», presentada como símbolo, nos enseña que servir con sabiduría requiere responder preguntas esenciales: ¿qué quiero y para quién?, ¿por qué y para qué?, ¿cómo y cuándo?, ¿cuánto costará?, ¿cómo sabré si voy por buen camino? Estas preguntas, inspiradas en principios bíblicos y métodos prácticos, convierten la buena intención en resultados tangibles.

Nehemías, modelo de liderazgo y fe activa, aparece como ejemplo recurrente de planificación con propósito. Antes de reconstruir los muros de Jerusalén, observó, diagnosticó y actuó con visión y oración. Así también, el lector es llamado a mirar con los ojos de la compasión, pero también con la mente del estratega. Porque servir sin dirección puede ser emotivo, pero servir con propósito es transformador.

Cada capítulo de esta obra es un llamado a redescubrir el gozo del servicio. Desde la motivación personal hasta la acción colectiva, desde el acto individual hasta el impacto comunitario, el libro traza un mapa espiritual y práctico para vivir la fe con las manos. Y al final, nos recuerda que el mayor beneficiado en toda obra de amor no es quien recibe, sino quien da.

«¡Manos a la obra!». Esta frase resume todo el mensaje: el tiempo de actuar es ahora. Dios no necesita grandes multitudes, sino corazones dispuestos. Si este libro logra que una persona más mire al prójimo con ojos de misericordia, si una iglesia más decide abrir sus puertas para sanar, enseñar o acompañar, entonces habrá cumplido su propósito.

Que este libro te inspire, te desafíe y te movilice. Que al cerrarlo no sientas que has terminado de leer, sino que estás por comenzar a vivir lo que aquí has aprendido.

Abner de los Santos,

presidente de la División Interamericana
de los Adventistas del Séptimo Día

**El corazón
de la vida religiosa**



A finales de los años noventa, mi esposa Jessie y yo viajábamos desde la ciudad de San Pedro Sula, en Honduras, hacia Siguatepeque para realizar unas diligencias personales. El trayecto atravesaba colinas cubiertas de frondosos bosques de pinos, con un clima fresco y agradable, y vistas naturales que invitaban a la contemplación. Todo ello hacía del viaje una experiencia placentera. En aquellos años, la carretera no ofrecía las buenas condiciones que hoy se disfrutan en la zona. Recuerdo que el recorrido, de poco más de hora y media, se hacía por una vía pavimentada de dos carriles: uno de ida y otro de regreso. A esto se sumaban las pronunciadas pendientes que debíamos ascender, lo que nos obligaba a conducir a baja velocidad y provocaba, en ciertos tramos, largas filas de vehículos.

Fue en uno de esos momentos de espera, atrapados en la fila de automóviles, cuando nuestro auto se acercó a una camioneta que circulaba delante de nosotros. En su parabarro trasero llevaba una frase que de inmediato captó mi atención: «Creo en Cristo, no en los cristianos». Intrigado, aceleré un poco para acercarme nuevamente, esta vez lo suficiente como para asegurarme de haberla leído bien. Allí estaba, nítida y contundente: «Creo en Cristo, no en los cristianos». Aquellas palabras me impactaron profundamente, y durante todo el resto del viaje no pude dejar de reflexionar en ellas. Me preguntaba: ¿qué pudo motivar a alguien a escribir algo así? ¿Qué experiencias habría vivido ese conductor para llegar a plasmar un mensaje tan directo y provocador?

Indudablemente, el dueño de aquel vehículo debió haberse inspirado en las palabras de Mahatma Gandhi, el célebre pacifista hindú y defensor de los derechos humanos en la India. Se le atribuye la conocida frase: «Me gusta tu Cristo; no me gustan tus cristianos. Tus cristianos son tan diferentes de tu Cristo». Sin duda, Gandhi experimentó profundas luchas internas al intentar conciliar al Cristo de las Escrituras con la imagen que de él

«Ve y haz tú lo mismo»

proyectaban muchos de los cristianos de su tiempo. A ello se sumaba la dura opresión que sufría su pueblo bajo el dominio colonial.

Personalmente, creo que, por diversas razones, los cristianos hemos fallado en ser verdaderos embajadores de Cristo en esta tierra. Percibo que el mundo está cansado de la religión institucional y cada vez más sediento de presenciar un cristianismo práctico, moldeado no tanto por lo que proclamamos, sino por la manera en que vivimos y nos relacionamos con quienes nos rodean. Aquí radica la necesidad urgente de encarnar un cristianismo menos teórico y más tangible, cuya relevancia y pertinencia en nuestra vida de fe sean incuestionables, con el propósito de llevar la luz del evangelio a un mundo posmoderno cada vez más escéptico. Como bien se ha dicho: «Solamente con un generoso desinterés por aquellos que necesitan ayuda podremos dar una demostración práctica de las verdades del evangelio» (*El ministerio de la bondad*, p. 36).

Quizá te estés preguntando: ¿cómo podemos modelar a Cristo, según las Escrituras, de forma práctica y efectiva? Creo que una respuesta breve a esta pregunta crucial es que necesitamos regresar al corazón mismo de la vida cristiana y encarnar, con sinceridad, las virtudes que reflejan una auténtica espiritualidad.

Lo que Dios espera de nosotros

Se ha dicho que Miqueas 6: 8 es el corazón de toda vida religiosa. En este breve versículo se concentran tres virtudes esenciales para una verdadera espiritualidad:

«Hombre, él te ha declarado lo que es bueno,
lo que pide Jehová de ti:
solamente hacer justicia,
amar misericordia
y humillarte ante tu Dios».

Este pasaje está precedido por una serie de preguntas que el profeta plantea desde el versículo 6: «¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo?». Preguntas que, a pesar del tiempo, siguen siendo actuales para nuestra vida cristiana: ¿Qué clase de adoración espera el Señor de nosotros? ¿Cómo deberíamos vivir, no solo durante los fines de semana en nuestras congregaciones, sino también en el día a día? ¿Cómo podemos ser luz y sal en esta tierra? La respuesta del profeta sigue siendo tan pertinente como urgente: hacer justicia, amar misericordia y humillarnos ante nuestro Dios. Reflexionemos brevemente sobre cada una de estas virtudes.

Hacer justicia

La injusticia y la explotación de los pobres y vulnerables constituyen, sin duda, uno de los temas centrales en los profetas menores. A menudo, solo valoramos lo que tenemos cuando lo perdemos; la justicia cobra un significado más profundo cuando experimentamos en carne propia la injusticia, cuando nuestros derechos son violentados o ignorados. La Biblia nos enseña que uno de los atributos esenciales de Dios es su justicia: «Él es nuestro protector; sus obras son perfectas, sus acciones son justas. Es el Dios de la verdad, en él no hay injusticia; ¡él es justo y verdadero!» (Deuteronomio 32: 4, DHH). Por lo tanto, como hijos suyos, estamos llamados a reflejar destellos de esa justicia divina en nuestra conducta y en nuestro modo de vivir.

No obstante, la Escritura también nos recuerda una verdad incómoda: somos seres humanos caídos y, por naturaleza, inclinados a la injusticia. El apóstol Pablo lo expresa con crudeza: «Así está escrito: “No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado; juntos se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!”» (Romanos 3: 10-12, NVI).

Así nos encontramos frente a un verdadero dilema: por un lado, la expectativa divina de «hacer justicia»; por otro, el desafío constante de nuestra lucha interna contra las propias tendencias hacia la injusticia. Sin embargo, alabado sea Dios, porque él nunca nos pide algo para lo cual no nos provea también el poder de cumplirlo. El mismo apóstol Pablo nos recuerda que la fuente de toda buena obra está en Dios mismo: «Pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad» (Filipenses 2: 13, NVI).

Jesús nos dejó una regla práctica para vivir con justicia. En el Sermón del Monte, Jesucristo compartió la conocida «Regla de Oro», una guía práctica para vivir con justicia en nuestras relaciones diarias: «Así pues, hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes; porque en eso se resumen la ley y los profetas» (Mateo 7: 12, DHH). En ocasiones, cuando pregunto a las personas si recuerdan la Regla de Oro, me dicen que sí, pero lo que recitan es una versión parecida, no exactamente la que enseñó Jesús.

Algunos mencionan lo que se conoce como la «Regla de Plata»: «No le hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti». Aunque este principio tiene cierto valor, se queda corto: es pasivo, pues se limita a exhortarnos a no

«Ve y haz tú lo mismo»

hacer daño, sin invitarnos a actuar para hacer el bien. En cambio, la Regla de Oro que enseñó Jesucristo es activa: nos llama a dar el primer paso.

- Si deseamos respeto, debemos respetar primero.
- Si deseamos ser escuchados, debemos escuchar primero.
- Si deseamos comprensión, debemos comprender primero.
- Si deseamos amor, debemos amar primero.
- Si deseamos que otros sean compasivos y generosos, debemos serlo nosotros primero.

La Regla de Oro es, en esencia, el «método de Jesús» puesto en acción, no solo en intención.

Amar misericordia

La segunda virtud espiritual que destaca Miqueas 6: 8 es la misericordia o compasión. La palabra «misericordia» proviene del latín *misere* (miseria, desdicha), *cordis* (corazón) e *ia* (hacia los demás). En este sentido, la misericordia puede entenderse como la capacidad de una persona para sentir en lo más profundo de su corazón el sufrimiento y la desdicha de otro. Si afirmamos que Miqueas 6: 8 es el corazón de la vida religiosa, entonces la misericordia está en el centro mismo de ese corazón.

Además, conviene recordar que la misericordia de Jesucristo siempre fue activa, nunca meramente contemplativa. Como bien lo expresó Elena G. de White: «La religión pura y sin mácula no es un sentimiento, sino la realización de obras de misericordia y amor» (*Review and Herald*, 15 de octubre de 1901).

Cada vez que la Biblia registra que Jesús fue movido a misericordia, actuó para aliviar el dolor y la miseria del prójimo. Jesucristo nunca fue un simple espectador; por el contrario, siempre fue un canal de bendición y alivio para quienes sufrían. Recordemos algunos de estos incidentes:

- Tuvo compasión de la multitud doliente y enferma; no pudo pasar de largo sin detenerse a sanarlos (Mateo 14: 14).
- Al ver a la multitud hambrienta que lo seguía, no solo les alimentó el corazón con el pan espiritual, sino que también atendió sus necesidades físicas (Marcos 6: 34-44).

1. El corazón de la vida religiosa

- Se conmovió al ver a la viuda que había perdido a su único hijo; tocó el ataúd y le dijo al joven: «Levántate» (Lucas 7: 11-15).
- Mostró misericordia activa al curar a un leproso, enfermedad incurable y estigmatizada en su tiempo. Jesús hizo lo impensable: tocó al leproso y lo sanó (Mateo 8: 1-4).
- Tuvo compasión del paralítico que fue llevado por cuatro amigos y descendido por el techo, sanándolo tanto espiritual como físicamente (Marcos 2: 1-12).
- Escuchó el clamor del ciego Bartimeo, un mendigo pobre que pedía misericordia, y le devolvió la vista (Marcos 10: 46-52).

Son incontables los encuentros en los que Jesús no solo percibió el sufrimiento, sino que actuó en favor de los oprimidos. La Palabra de Dios destaca la importancia de la enseñanza y la sanidad en su ministerio: «Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas noticias del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor» (Mateo 9: 35-36, NVI).

Practicar la misericordia nos permite reflejar al Dios que habita en nosotros.

Hace muchos años escuché a un colega contar esta historia durante un culto en la iglesia. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos estableció bases militares en varios países del mundo. En una ocasión, un domingo, un soldado estadounidense aprovechaba su día libre y decidió ir al centro del pueblo en su jeep. Al llegar, estacionó cerca de una panadería. Antes de entrar, notó a un niño pobre de pie frente a la vitrina, observando con anhelo un apetitoso pastel expuesto. El pequeño, con la nariz pegada al vidrio, parecía soñar con probar aunque fuera un pedazo de aquel manjar. El soldado continuó con sus compras dentro de la panadería y, al salir, lo encontró aún allí, en la misma posición, con la mirada fija en el pastel. Sin decir una palabra, volvió a entrar y compró el pastel que el niño admiraba. Al salir, se lo entregó y se dirigió a su vehículo. Justo cuando estaba por encender el motor, sintió un tirón en su pantalón y escuchó una voz infantil que le decía: «Señor, señor, disculpe, ¿es usted Dios?».

No cabe duda de que, cuando nos dejamos usar como instrumentos del cielo y ponemos las necesidades de otros antes que las nuestras, dejamos ver destellos del amor divino reflejados a través de nosotros.

«Ve y haz tú lo mismo»

Humillarte ante tu Dios

La última virtud espiritual que Miqueas 6: 8 presenta en el corazón de la vida religiosa es la humildad. Esta virtud es esencial para vivir libres del orgullo y la soberbia, y para recordar que nada bueno procede de nosotros mismos, sino del poder del Espíritu Santo que obra en nuestro interior. Nuestra suficiencia no es propia; proviene de Dios, como afirma el apóstol Pablo: «Esta es la confianza que delante de Dios tenemos por medio de Cristo. No es que nos consideremos competentes en nosotros mismos. Nuestra capacidad viene de Dios» (2 Corintios 3: 4-5, NVI).

La humildad nos lleva a reconocer nuestra absoluta dependencia de Dios. Santiago nos exhorta: «Humíllense delante del Señor, y él los exaltará» (Santiago 4: 10, NVI). Someter nuestra voluntad a la suya y vivir conscientes de que dependemos de él para todo es una clara manifestación de humildad en la vida diaria.

También requiere aceptar que todo lo que poseemos no nos pertenece, sino que es de Dios. Él es nuestro proveedor (Filipenses 4: 19) y nosotros somos solo mayordomos de sus bienes, llamados a utilizarlos para hacer el bien. Así lo recuerda Pablo: «Acuérdense de esto: el que siembra poco, poco cosecha; el que siembra mucho, mucho cosecha. Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, y no de mala gana o a la fuerza, porque Dios ama al que da con alegría. Y Dios puede darles a ustedes con abundancia toda clase de bendiciones, para que tengan siempre todo lo necesario y, además, les sobre para ayudar en toda clase de buenas obras» (2 Corintios 9: 6-8, DHH).

Selah: Detente y medita

- ¿Has tenido la capacidad no solo de sentir el dolor de tu hermano, sino también de actuar para ser un canal de bendición para él o ella?
- ¿Guías tus acciones siguiendo la Regla de Oro que Jesús compartió en el Sermón del Monte?
- ¿Disfrutas compartiendo con otros las bendiciones que Dios ha puesto en tus manos?
- ¿Qué cambios deberías hacer hoy en tu estilo de vida cristiana para reflejar auténticamente el método de Jesucristo, basado en las tres virtudes de Miqueas 6: 8?

Hoy más que nunca comprendemos la urgencia de vivir una fe práctica y genuina, inspirada en las enseñanzas de Jesucristo. Las tres virtudes prioritarias para una verdadera espiritualidad, proclamadas por el profeta Miqueas, nos recuerdan la necesidad de ser instrumentos vivos del amor y la compasión divina en un mundo sediento de esperanza. Estas virtudes siguen siendo tan pertinentes como en los días del profeta. Solo cuando encarnamos en nuestra vida cotidiana las verdades del Evangelio podemos ser verdaderos embajadores de Cristo, llevando su luz y su gracia al corazón del mundo posmoderno.



El **hombre** invisible

